

LESBLÁZO: LA MANIPULACIÓN DE TEXTOS GRIEGOS RELATIVOS A LA MUJER

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

INTRODUCCIÓN

Todas las épocas, social y culturalmente se han destacado por el hábil manejo de unos patrones de conducta válidos para una situación determinada aunque no, en cambio, semejantes para ambos sexos. La fijación de estos comportamientos, permanentes e inmutables unos, vacilantes y cambiantes otros, ha permitido el desarrollo y la evolución de una sociedad como la nuestra, inserta en el siglo XXI, que tiene en la tecnología su principal punto de apoyo en una nueva era histórica que se nos avecina. Un sector mayoritario de la población, las mujeres, podría objetar y con razón, que su patrón de conducta ha sido mínimo, que ha estado sujeto a los límites marcados por el hombre, que se le ha enclaustrado y encasillado en un dominio estricto, frecuentemente en el de la esfera familiar, y que su proceder ha intervenido poco en la configuración de una civilización que si no “machista” sí puede considerarse como “masculina”. En esta tesitura el manejo de la letra impresa y su interpretación aleatoria por

parte de algunos ha provocado no pocos quebraderos de cabeza además de peligrosas confusiones que han puesto en jaque los pilares del pensamiento mismo de la cultura occidental. Nuestra pretensión en el presente estudio se va a limitar al comentario reflexivo de una serie de textos, personajes y autores, que por una u otra razón ha recibido sobre sí el peso de una acerada crítica no siempre justa ni objetiva.

LESBIÁZO: UN PROBLEMA SEMÁNTICO

El significado de ciertos términos puede marcar la pauta de toda una sociedad. ¿Cómo, si no, podríamos entender palabras como democracia, política, justicia, etc...? En determinados ámbitos, además, un vocablo puede provocar una visión contraria a la que realmente representa, sobre todo, si sobre él descansan juicios previos y perspectivas particulares alejadas de la verdadera realidad que la voz denota. La designación de las palabras puede amoldarse a una situación socio política dada, a unas normas éticas y religiosas establecidas, aportando un subjetivismo que incluso raya lo dogmático o sirviendo de vehículo propagandístico de ideas. En dominios como el de la medicina antigua, por ejemplo, se corre el peligro de confundir, por un lado, y equiparar, por otro, vocablos que representan hechos muy distintos en uno y otro períodos. Incluso debemos tener mucho cuidado con los cambios semánticos de algunos términos tal y como aparecen en la medicina griega y cómo los emplea la medicina actual, y con los cambios de significación de algunos vocablos en la propia Antigüedad¹. Si nos adentramos en el territorio literario amoroso, producción marginada y perseguida con especial virulencia en nuestro país a lo largo de la historia, numerosos estigmas hacen acto de presencia. La propia terminología erótica es inadecuada y los errores que provoca mayúsculos. Desde la ignorancia y con cierta ligereza suele decirse que la primera parte de la entrada castellana *homosexual* deriva de la forma latina *homo, -inis*, “hombre” y, en consecuencia, se concluye que se trata de la relación sexual entre los hombres, cuando, en realidad, el primer formante se relaciona con el adjetivo griego *homoios* “mismo, igual”, queriendo significar la relación amorosa entre personas del mismo sexo (tanto hombres como mujeres). Inmediatamente se piensa, entonces, en el término *lesbiana*

referido a la homosexualidad femenina. Aquí la deformación es mayor y el problema, como veremos, complejo. Si acudimos a los diccionarios griegos *ad usum* se detecta una ambigüedad anfibológica patente. El verbo *lesbiázo* se define del siguiente modo:

- a) “Entregarse al libertinaje lesbio” (Sebastián Yarza)²
- b) “Faire la débauche comme les lesbiennes” (Bailly)³
- c) “do like the Lesbian women”, lat. “fellare” (LSJ)⁴

El léxico de Hesiquio⁵ (s.V.) comenta *lesbiázēin* como *prós ándra stóma molyneîn*. *Lesbíadas gár tás laíkastroías élegon* “Pervertir con la boca a un hombre. Pues decían que las lesbianas eran mujeres prostituidas”. Este último aserto viene corroborado por otra glosa *lesbisai*. *Aittas éikhon atópous hai apó Lésbou* “Las de Lesbos tenían dudosa reputación”. En la edición del léxico de Hesiquio el aparato crítico recoge también una glosa a *lesbiázo* registrada por Eustacio *stomatúein*. El término latino *fellare* parece indicar, pues, que las lesbianas o lesbianas eran apreciadas por los hombres precisamente por la práctica de la felación (*felatio*) y por no por mantener relaciones homosexuales. Así pues, las mujeres de Lesbos consideradas en el devenir de los años como lesbianas, resultan ser heterosexuales, además de requeridas por el hombre para la satisfacción del sexo oral. Curiosa paradoja. Pero el problema también planea en las lenguas modernas. En francés la voz *lesbien, iennen* designa a la vez tanto a “lesbiano” como a “lesbio”, y en inglés ocurre otro tanto. La lengua castellana, por su parte, calcó el término francés en su forma femenina para designar a *lesbiana* y diferenciarlo de *lesbia*, cuando en principio eran una misma cosa. Estos avatares gramaticales ponen en evidencia la urgente necesidad de plantear y revisar una terminología, en este caso la amorosa, no acorde con la realidad que denota. Pero si un denominativo como *lesbiázo* (de *lésbos*) ha sufrido y provocado altibajos en su significado, mayor ha sido la repercusión en los escritores lesbianos. Nos referimos concretamente, y dentro de la lírica monódica de época arcaica, a la exquisita sensibilidad femenina de Safo de Mitilene. Su delicada poesía conjuga la pasión y el sentimiento amoroso con un cierto aspecto ritual enmarcado en un peculiar círculo de mujeres difícil de precisar dentro de un ambiente griego proclive a una cierta elegancia oriental y exótica. La melancólica y nostálgica queja de la protagonista

del amor sáfico, en sus composiciones poéticas cargadas de sutiles matices, de múltiples colores y de bellas flores, ha recibido gratuitamente el sambenito de *lesbiana*, algo insólito por cuanto de su fragmentaria producción no se colige este calificativo. Tal vez el hecho de que sea lesbia, que no lesbiana, haya influido en tal calificación. Algunos de sus poemas⁶ apuntan en sentido contrario:

21(107D) Ha muerto, Citerea, el tierno Adonis. ¿Qué haremos?
Golpeaos el pecho, muchachas, y rasgad vuestras túnicas.

24 (114D) Dulce madre mía, no puedo ya tejer mi tela, consumida de amor por un joven, vencida por la suave Afrodita.

29 (123D) Arriba, alto el techo,

¡Oh himeneo!

Levantad, carpinteros.

¡Oh himeneo!

Que viene el novio igual a Ares,

Mucho más grande que un gigante.

30 (128D) ¿A qué, querido novio, voy a compararte?

A un flexible tallo muy bien te comparo.

Con ello no queremos decir que no se diese en la Grecia antigua la homosexualidad femenina. Un término con el que se suele designar a estas mujeres es el de *hetairístría*, voz que el LSJ hace equivaler con *tribás*. *A woman who practises unnatural vice with herself or with others women*⁷. Y tal vez sea tribadismo quien mejor comunique lo que entendemos por lesbianismo. La falta de inhibición del pueblo griego con respecto al sexo ha provocado dentro de una mentalidad distinta, de raigambre judeocristiana, que éstos se nos presentan en ocasiones como degenerados, amanerados, pecaminosos, obsesos, corruptores y una larga ristra de adjetivos descalificadores, todos ellos referidos a una supuesta y desviada conducta amorosa natural. Un ejemplo notable a nuestro entender, por desgracia, extendido y entendido de manera errónea en nuestra filología clásica, es el que hace referencia a la pareja Sócrates/Alcibíades en el *Banquete* de Platón. Es este diálogo una verdadera disertación, puesta en boca de varios personajes, sobre el fenómeno erótico, analizado y comentado desde diversos modelos

y puntos de vista. Pese a la exquisitez de la traducción del eminente heleanista canario Marcos Martínez Hernández⁸, versión que ha merecido el calificativo de “la más exacta, bella y correcta de las realizadas en lengua castellana hasta la fecha”, algunos colegas concluyen que la relación entre Sócrates y el general Alcibíades es de carácter pederástico, yendo mucho más allá de lo que indica el texto platónico. Es más, la última parte del diálogo demuestra contrariamente lo que éstos afirman, separando la íntima amistad de la pareja, la de dos buenos amigos, casi hermanos, de toda filia carnal concupiscente. ¿Cómo se puede entender, pues, estas dimensiones interpretativas?, ¿Por qué lo que para unos es blanco para otros resulta negro u oscuro?, ¿Qué fin se persigue con la manipulación del texto?, ¿A qué tal ambigüedad?, ¿Quiénes permiten y propugnan estos insidiosos comentarios?. La historia es pródiga en censura y los ejemplos proliferan en las páginas de su atormentado devenir. Lo que es común parece ser el imponer unas normas, unos patrones de conducta inquebrantables, el uniformar al ser humano y no permitirle ser él mismo. Sófocles nos muestra en su *Antígona* el dilema de si ésta debía obedecer las normas establecidas por el tirano Creonte que le impedía dar sepultura a su hermano Eteocles bajo el peligro de muerte o bien seguir los dictados de las leyes naturales y eternas que indican que hay que enterrar a los muertos. Un ejemplo más casero y sintáctico provoca, a menudo, la confusión. Ej.: el miedo de los enemigos (¿el que tienen los enemigos o el que los enemigos producen?), lugar común cuando se explica el genitivo y subjetivo en la lengua griega.

ARISTÓFANES *OBIURGATUS*

El papel de la mujer en la Grecia Clásica presenta una triple vertiente social que debemos tener en cuenta a la hora de establecer su rol en el acontecer diario. Por un lado estaba la esposa cuya función primordial era la de tener descendencia y ocuparse del hogar. Otras mujeres, las heteras, proporcionaban el placer sexual al hombre mediante la compraventa de sus cuerpos; su trato era puramente mercantil y carnal. Y finalmente, las concubinas acompañan al hombre en una actividad muy querida para los griegos: el banquete. La cerámica griega corrobora este sistema mostrando

a la hetera desnuda, que vive para dar placer y a la mujer procreadora vestida en el ámbito de la casa. Conocedora de esta precaria situación femenina entra en escena el valor eterno del teatro cómico de Aristófanes, cuya mejor expresión queda consignada en las palabras de Platón: “Las Gracias, buscando un santuario indestructible, encontraron el alma de Aristófanes”. Perteneciente al partido aristocrático combate los vicios y las ridículas costumbres de su época, los ensueños irrealizables, ciertos patrones artísticos y determinadas utopías (como las que parodió en *Las Aves* y en *La asamblea de mujeres*). Como autor de comedias políticas (*Los acarnienses*, *Los caballeros*, *La Paz*, *Lisístrata*), sociales (*Las nubes*, *Las Avispas*, *La asamblea de mujeres*, *Pluto*) y literarias (*Las tesmoforias*, *Las ranas*), sus obras⁹ constituyen documentos inapreciables para el conocimiento de las instituciones y costumbres de la Grecia del siglo V. a.C. , la época del poeta y su sátira —objeto de cortapisas, censuras y prohibiciones tales como la fulminada por los Treinta para evitar que se representase a los ricos en la escena o la de dar el nombre de tal o cual ciudadano conocido a cualquiera de los personajes— implica una fuerza realmente comparable a la de la prensa moderna en los países libres. La fuerza y coraje de este autor fue tal que al atacar con verdadera saña al político Cleón en la obra *Los Caballeros* tuvo que encarnar él mismo el propio personaje de Cleón al no encontrar actor que se atreviera a incorporarlo ante el público. También nos es conocida su invectiva contra la figura del trágico Eurípides al que califica en sus obras mediante singulares diminutivos. Su alusión aquí viene dada por dos motivos, a saber:

- a) Por ser el primer autor donde se documenta por vez primera la entrada *lesbiázo* con el significado de *fellare* (*Las Ranas*, 1308): *DI. Háute poth 'he Mous' ouk lesbiázen, ou. ¿Acaso no ejerció esta Musa la profesión de las lesbianas?*¹⁰
- b) Por ser uno de los autores, dentro de la literatura griega, más perseguidos y censurados en su traducción. Cualquiera que haya leído una de las comedias de Aristófanes, bien en griego, bien en una buena traducción al castellano (la de Agustín García Calvo, por ejemplo), habrá notado la frescura de un lenguaje que llama a las cosas por su nombre sin ningún tipo de tapujos.

Afortunadamente hoy día se pueden degustar versiones acordes con el original ático, algo insólito hasta hace pocos años en nuestro país. Si tomamos las traducciones españolas del cómico ateniense de hace treinta años observamos una serie de hechos significativos:

- a) En muchas ediciones los pasajes que se consideran de tono subido se nos muestran en un oscuro latín eclesiástico que nos hace perder el tono satírico y jocoso original. También en latín se recogen los vocablos alusivos al tema amoroso y particularmente los relacionados con los órganos sexuales.
- b) En otras, se advierte y se sobrentiende lo que no aparece en el texto. La supresión de estos pasajes se evidencia mediante unos sospechosos puntos suspensivos que dan a entender, más o menos, lo que en el texto se suprime.
- c) Chocante en demasía es la utilización del eufemismo que provoca una paráfrasis del original totalmente distinta e inadecuada, rompiendo el efecto cómico que pretendía el autor en su manuscrito.
- d) También y bajo la bandera del buen gusto se procede a la desarticulación de partes consideradas como “pecaminosas”, interpolándose citas explicativas ausentes del original griego.
- e) Finalmente, ciertas antologías de las comedias aristofánicas descartan temas y pasajes calificados de “soeces” y “escabrosos”.

Pero si generaciones de españoles, incluidos los filólogos, tuvieron que padecer en sus carnes la fuerte represión a la que se vio sometida la producción aristofánica durante décadas, estigma presente aún hoy en la erróneas interpretaciones de nuestro verbo en cuestión, *lesbiázo*, sin embargo, mayor manipulación sufrieron los contenidos “peligrosos” al orden establecido que se vislumbraban en la producción del cómico ateniense. En *La asamblea de mujeres* se plantea una utopía múltiple: las mujeres de Atenas, que no podían participar en la vida política, cansadas de sufrir las necesidades de sus maridos han resuelto apoderarse del gobierno de la República. Era la única novedad, como dice uno de los actores, que no había sido probada todavía. Roban los vestidos de los hombres, se procuran unas barbas y acuden todas de madrugada a la Asamblea, en donde conseguirán que se apruebe el decreto que les confiere el poder. Una vez

dueñas del Estado, organizan el gobierno a su gusto e instituyen, en primer lugar, la comunidad de los bienes y de las mujeres. Hallamos por vez primera y atacada por un sorprendente buen sentido, una doctrina destinada a reaparecer en todas las épocas de crisis de la humanidad: la utopía de la comunidad de las mujeres y de los bienes. Estos inicios del comunismo, como muchos has señalado, está en boca de las mujeres, dos ideas inconcebibles, la comunidad de bienes, por un lado, y la política estatal en manos feminas, por otro, anicipan ficticiamente lo que el tiempo nos habría de deparar en el futuro. Y es precisamente este término, la falta de tiempo que aduce Praxágoras, la que pone fin a la comedia aristofánica. También suele decirse que Aristófanes pretendía burlarse de las mujeres a quienes considera de inferior condición, situando en la escena disparatados edictos promulgados por ellas. Así en *La asamblea de las mujeres* se señala la graciosa escena en la que un joven mancebo antes de acudir y cubrir los desvelos de su joven amada debe pasar antes por la amplia experiencia de una vieja pintarrajeada. Pero no queda ahí la cosa. El edicto indica, además, que si una vieja más fea se encuentra con el joven, deberá éste consolarla igualmente. En el mencionado acto tres arpías de la longevidad se disputan la viribilidad de un muchacho que acaba exhausto. Este decreto era consecuencia de la postulación general de la comunidad de bienes. Con estas premisas no era extraño que un régimen dictatorial como el español censurase no sólo las posibilidades políticas que emanaban de la obra literaria del comediógrafo griego, sino también la pretensión femenina de participación en la vida pública, sobre todo, entonces, cuando la presencia de la mujer era testimonial en los ámbitos académicos, cuando su ámbito vital seguía siendo el de la casa, del hogar, cuando aún tenían que cubrirse con el pañuelo y el velo para poder entrar en las iglesias, cuando la función reproductora femenina se veía recompensada por los premios nacionales a la natalidad, cuando los hombres veían con malos ojos a aquellas extrañas mujeres que trabajaban y demostraban una valía igual o superior a la de sus congéneres masculinos. Y todo a pesar de que en la vecina Francia los movimientos de liberación femenina llevaban más de un siglo de avances constantes.

LA PRESUNTA MISOGINIA DE EURÍPIDES

Desde la propia Antigüedad, Eurípides el trágico recibió el apelativo de misógino, sobre todo, por parte de Aristófanes, quien se ensaña especialmente con él en algunas de sus comedias. Denostado también por el público ateniense marchó fuera de su patria, algo amargado e incluso resentido contra su ciudad que tan cicateramente le había escatimado su aplauso en el teatro. No obstante, trataré, pese a todo, de destacar la sensibilidad y la valentía de Eurípides, con frecuencia, tan mal comprendido. La obra de Eurípides causó escándalo en su tiempo. Plutarco nos cuenta como una de sus tragedias comenzaba del siguiente modo: “Zeus, ¿quién es Zeus? Yo no sé nada más que por oídas”. Esta frase, además, la pronunciaba un personaje femenino, Melanipa, una mujer filósofa. Las protestas de la gente fueron tales que la representación tuvo que interrumpirse. Hemos de tener en cuenta igualmente un hecho muy significativo: la tragedia griega comienza cuando las cosas salen del orden, es decir, de la simple repetición del estado de las cosas. De las dieciocho tragedias conservadas doce llevan nombres de mujer (*Alceste*, *Medea*, *Hécuba*, *Andrómaca*, *Suplicantes*, *Troyanas*, *Electra*, *Helena*, *Ifigenia entre los Tauros*, *Ifigenia en Áulide*, *Fenicias* y *Bacantes*), hecho interesante por cuanto Atenas era una democracia menos amplia que la nuestra, puesto que no incluía a efectos políticos ni a esclavos ni a las mujeres. Estas últimas tampoco podían acudir al teatro para experimentar la catarsis aristotélica. No obstante, la consideración y la valoración sobre la mujer sí que estaban presentes en la escena, siempre de acuerdo con unas normas que fijaban y determinaban su situación. Así, sobre el matrimonio se nos dice: “Pues lo demás podría sufrirlo una mujer; pero si fracasa con su marido, fracasa en su vida”¹¹ o bien “La mejor salvaguarda radica en que una mujer no discrepe de su marido”¹² o también “Toda mujer ha de ceder ante su esposo, la que sea sensata”¹³. “Ya oías lo que se decía entre los argivos: el marido de su esposa..., no la mujer de su marido. Y en verdad es feo que sea la mujer y no el hombre quien mande en una casa. Aborrezco a los hijos que en una ciudad no reciben el nombre de su padre, sino el de la madre. Cuando un hombre casa con mujer notable y superior a él, no se habla del hombre, sino de la mujer”¹⁴. El matrimonio era la principal función

que le correspondía a la mujer, y se la preparaba para desempeñar tal función de forma satisfactoria. La mujer grecorromana recibía una escasa instrucción de tipo intelectual, sobre todo, porque muy pronto era alejada de cualquier tipo de enseñanza que no estuviera relacionada con las tareas domésticas. (“Odio a la mujer inteligente: ¡Qué nunca haya en mi casa una mujer más inteligente de lo que es preciso. Pues en ellas Cipris prefiere infundir maldad; la mujer de cortos alcances, por el contrario, debido a su misma cortedad, es preservada del deseo insensato”¹⁵). La pervivencia de una cierta marginación para la participación femenina queda de manifiesto en aseveraciones del tipo: “Las mujeres somos por naturaleza incapaces de hacer el bien”¹⁶ o “El género femenino es de natural amante del chismorreo y en cuanto consiguen mínimos pretextos a sus charlas los aumentan mucho. Es un placer para las mujeres no decir nada bueno unas de otras”¹⁷. Otro de los tópicos sobre la condición femenina es su falta de dominio, su *muliebris impotentia* de la que se derivan toda una serie de desventajas: el no estar preparada para la independencia, el ser más emocional que el hombre, el ser más simple o crédula, el dejarse llevar con gran facilidad de los impulsos o deseos, el de controlar con más dificultad sus reacciones: “La mujer es débil por naturaleza y propensa a las lágrimas”¹⁸. “Ya veis cuán poco digna de crédito es la raza femenina”¹⁹. “Podrías encontrar muchas artimañas, pues eres mujer”²⁰.

Pero también se dejan oír voces de protesta en contra de estas opiniones y de determinadas situaciones de subordinación de la mujer. Tales protesta las recogen también hombres, no con la pretensión de apoyar a la mujer o sus derechos, sino todo lo contrario, para descalificarla más aún, para ridiculizarla. La propia condición femenina se lamenta de sí misma: “De todo lo que tiene la vida y pensamiento, nosotras las mujeres somos el ser más desgraciado”²¹.

“La dura y desafortunada impotencia ante los dolores del parto y el delirio suele armonizar con la difícil condición de las mujeres”²².

“Que la condición de la mujer está en desventaja con la del hombre. Incluso las buenas, al estar mezcladas con las malas, somos objeto de odio. ¡Así de malhadadas hemos nacido!”²³.

Las mujeres, por ende, se convencen de que al ejecutar el papel asignado por el orden social se aseguran la felicidad: “Para una mujer lo más

hermoso es, junto al silencio, el ser prudente y permanecer tranquila en el hogar”²⁴.

La mujer responde a un modelo que la sociedad ha elaborado. Debe ser austera, recatada, hacendosa, íntegra moralmente (“Mujer que en ausencia del marido se refuerza en embellecerse se tacha a sí misma de mala. A menos que busque algún mal en nada le conviene en la calle mostrar su rostro hermoso”)²⁵. Y debe encontrarse siempre bajo la tutela del hombre: “Que las mujeres, si son sabias, deben dejar que se haga todo por los hombres”²⁶.

Estos condicionamientos a los que se ve sometida la mujer en la tragedia eurípidea, apoyados por el pragmatismo más radical que avasalla el derecho moral y de la justicia que puede asistir al más débil, potencian inversamente las pasiones, esas fuerzas irracionales que se imponen a veces al elemento racional del hombre, o cuando menos hacen estallar entre ambos un conflicto, en ocasiones muy violento. Eurípides cree encontrar en el impulso pasional determinados elementos positivos, sobre todo, en la emoción de la figura femenina. Así Alcestris se nos presenta como una mujer altruista y generosa; Medea como expresión del profundo sentimiento del odio que la mujer despechada concibe contra su marido; Ifigenia llega al sacrificio voluntario en el más noble acto que se le pudiera atribuir a un hombre.

En conclusión, si Eurípides pintó una doble naturaleza femenina, la propia de su entorno, y otra, con tintes varoniles en sus hermosas tragedias, lo hizo, no para denigrar la figura de la mujer, de por sí bastante vituperada y desasistida ya en su época, sino justamente para lo contrario, para elevar su condición, la de heroína trágica, en un mundo que desgraciadamente les era adverso. De ahí que su tentativa teatral no fuese del agrado del público ateniense, un auditorio masculino que prefería un tipo de mujer creada para ellos mismos. Y así fue como una de las voces más autorizadas en la defensa de la condición femenina recibió, en contrapartida, el epíteto con el que la tradición lo enfrentaba a las mismas: el de misógino.

LA VISIÓN DEFORMADA DEL CRISTIANISMO

En el devenir de la historia, diferentes pueblos se han superpuesto unos o otros provocando un mestizaje cultural que ha enriquecido la zona geográfica expuesta a tal aculturación. Si la docta Grecia cedió ante la dominante Roma, sólo lo hizo militarmente, pues su sello quedó grabado en el pueblo del Lacio, sensible al arte y a la insuperable belleza de la Hélade. Igualmente, el glorioso Imperio Romano se vio superado por las hordas germánicas, que no obstante, aprovecharon las ventajas de una lengua y una civilización superiores a la suya. Desde tiempos de Nerón, una nueva corriente oriental, política, ideológica y religiosa, se fue implantando en Roma: el Cristianismo. Era un fenómeno relativamente nuevo, sorprendente por la pretenciosidad de su exclusivismo, que ofrecía ciertas dificultades, por sus características doctrinales para poder ser incorporado en el medio mental y vital de la cultura grecorromana del siglo II. Así lo manifiestan las opiniones de autores como Celso cuando indica: “La falta de una guía racional y una prédica dirigida a crédulos y estúpidos permiten el parangón de los cristianos con los mendicantes de Cibeles y agoreros, con los sacerdotes de Mitra y Sabacio. Ideas mal entendidas griegas sirven a los cristianos para embaucar a sus seguidores, de la misma forma que los sacerdotes de Cibeles utilizan la música y la flauta para llevar el frenesí a quienes le siguen. El proceso iniciático cristiano es semejante al de los misterios egipcios. Las amenazas de futuros castigos que traen a colación los cristianos son semejantes a los terrores y fantasmas introducidos por los cultos de Baco”²⁷. Elio Arístides atribuye a los cristianos el seleccionar al auditorio para sus prédicas entre las personas de más baja extracción social. En efecto, los cristianos se presentan como predicadores itinerantes cuyas únicas pertenencias eran su raída túnica, su morral y bordón y la doctrina de la que eran portadores²⁸. El carácter anticonvencional y crítico de su predicación hizo que fueran acogidos entre las personas de menor relevancia social. La sociedad del siglo II de nuestra era, es, por otra parte, una sociedad cansada, por todas partes reina una profunda tristeza, se abandona la investigación científica, el monoteísmo es la tendencia mas acusada de los pensadores de la época desde el punto de vista religioso; un férreo dogmatismo domina una absoluta pereza mental; el

pensamiento racional se corrompe en magia, hechicería; es la época de la gran eclosión de los cultos orientales; frente a la frialdad de la religión romana aparecen las promesas escatológicas de fe, de purificación de almas, de esperanza en la inmortalidad; los emperadores llevan a cabo una verdadera política religiosa encaminada a unir el culto imperial a otros antiguamente existentes. Intentando aprovechar este desvarío existencial, muy frecuente a finales del siglo, el cristianismo trató de hacer suya una sociedad que pedía a gritos una esperanza liberadora, y puso en manos a la obra, siempre desde su particular e interesado punto de vista. La cristianización de mitos, libros y personajes paganos no se hizo esperar y fue corriente en la Antigüedad, idea ésta que parte de San Agustín que consideraba bueno “expoliar a los egipcios de sus vasos preciosos dedicados a dioses paganos para emplearlos en cosas santas y dedicarlos al verdadero Dios”²⁹. El daño que produjo esta asimilación cultural llegó a ser de grandes proporciones. Aún hoy lo es. Así la *Melanipa* de Eurípides³⁰ hacía una peligrosa competencia a la imagen de la Virgen María en esos primeros tiempos del Cristianismo, en que la actividad teatral estuvo condenada como pagana. La selección de algunas obras conservadas obedece a criterios morales severos, de conformidad con la nueva ideología. No es una casualidad que la tradición nos haya conservado Ifigenia, imagen de la joven que se sacrifica por la causa patriótica, y por regla general las imágenes de mujeres fuertes y rebeldes que terminaban por ser víctimas sacrificadas. Fue así como Sócrates transformado y retocado obtuvo la gracia y el aplauso de la cúpula cristiana mientras considerada enemigo al escéptico Luciano, del que, sin embargo, se serviría en su polémica contra el Paganismo, esgrimiendo como arma el duro palmetazo de Luciano contra la mitología pagana. Igualmente la lengua en su conjunto se vio afectada. Muchos términos se cargaron de un matiz peyorativo que hasta entonces no habían conocido (la palabra “demonio”, por ejemplo, de *dáimon*, “divinidad, espíritu, hado, voluntad de los dioses”, recibió la designación negativa de “señor de las tinieblas”). Pero si brutal fue la deformación y la censura cristiana en estos ámbitos, el que se refiere al de la mujer fue especialmente incisivo. Ya hemos notado el tratamiento del que fue objeto la condición femenina en las tragedias de Eurípides. Sirviéndose de la escena de Eva y la serpiente narrada en el Génesis, la mujer primera,

nuestra madre original, sucumbía a las emboscadas del maléfico reptil malogrando con su actuar a toda la estirpe humana. Quedaba así inaugurada la culpabilidad de la débil costilla de Adán que se perpetuaría a lo largo de los siglos. Esta hábil manipulación hizo de Safo de Mitilene, aquella poetisa que dijo que “lo más bello es aquello que uno ama”, uno de los nombres malditos y prohibidos de toda la Edad Media. Y qué decir de las obras aristofánicas, tachadas de obscenas e impúdicas, y carente de todo sentido de la decencia y de las buenas maneras. Y cómo atacar uno de los vicios más comentados de toda la literatura monástica bizantina por parte de los monjes, el acudir a burdeles, que deformando el sentido de aquellas lesbianas que producían el mayor placer al hombre con sus prácticas de sexo oral, que pervirtiéndolas y denigrándolas al conferirles tintes de homosexualidad femenina, aberrante desliz de su particular ética.

Lamentablemente, persisten en nuestra sociedad actual ideas deformadas, premisas injustificadas, juicios de valor erróneos, posicionamientos sin base alguna, maliciosos rumores que la ignorancia más osada se atreve a vociferar. Seamos prudentes y tengamos cautela, porque como afirmaba el filósofo “las cosas no son lo que parecen”.

NOTAS

- 1 Cf. José Alsina, *Los orígenes helénicos de la medicina occidental*, Barcelona, 1982, pp. 96-99.
- 2 Cf. F.I. Sebastián Yarza, *Diccionario Griego Español*, Barcelona, 1964 (Ed. Ramón Sopena, S.A.).
- 3 Cf. A. Bailly, *Distionnaire Grec Francais*, París, 1950 (37 edic., 1981).
- 4 Cf. H.G. Liddell-R. Scott-H.S. Jones, *A Greek English Lexicon*, with a supplement 1968, Oxford Clarendon Press, reimp., 1983 (1ª ed., 1843).
- 5 Cf. K. Latte, *Hesychii Alexandrini Lexicon*, vol.II, Copenhagen, 1966, p.586.
- 6 Cf. Carlos García Gual, *Antología de la poesía lírica griega. Siglos VII-IV a.C.*, Alianza Editorial, Madrid, 2ª reimp., 1986 (1ª ed., 1980), pp. 66-74.
- 7 Cf. *Sub voce tribás*. Referencia en la nota 4.

- 8 Cf. Platón, *Diálogos. Vol. III: Fedón, Banquete, Fedro*. Traducciones, introducciones y notas por C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Iñigo. Revisión por L. A. de Cuenca y Prado, J. L. Navarro y C. García Gual, Madrid, 1986.
- 9 Cf. Aristófanes, *Comedias Completas*, versión establecida y anotada por Juan Bautista Xuriguera con unas notas prologales de Emiliano M. Aguilera, 2 Vols., Barcelona, 1976.
- 10 Cf. *Op. cit.*, vol. II, p.159.
- 11 Cf. Eurípides, *Andrómaca*, 373. Las citas de Eurípides están tomadas del trabajo de Elisa Garrido González, “La posición de la mujer actual y de la grecorromana: puntos de convergencia y divergencia” en A. Guzmán, F. J. Gómez Espelosín y J. Gómez Pantoja (eds): *Aspectos modernos de la Antigüedad y su aprovechamiento didáctico*, Madrid, 1992, pp. 119-130.
- 12 Cf. Eurípides, *Medea*, 15.
- 13 Cf. Eurípides, *Electra*, 1052.
- 14 Cf. Eurípides, *Electra*, 930 y ss.
- 15 Cf. Eurípides, *Hipólito*, 640 y ss.
- 16 Cf. Eurípides, *Medea*, 408.
- 17 Cf. Eurípides, *Fenicias*, 193.
- 18 Cf. Eurípides, *Medea*, 927 y ss.
- 19 Cf. Eurípides, *Ifigenia entre los Tauros*, 1298 y ss.
- 20 Cf. Eurípides, *Andrómaca*, 85 y ss.
- 21 Cf. Eurípides, *Medea*, 230 y ss.
- 22 Cf. Eurípides, *Hipólito*, 161 y ss.
- 23 Cf. Eurípides, *Ion*, 398 y ss.
- 24 Cf. Eurípides, *Heráclidas*, 476-477.
- 25 Cf. Eurípides, *Electra*, 1073 y ss.
- 26 Cf. Eurípides, *Suplicantes*, 40.
- 27 Cf. Orígenes, *Contra Celso*, introducción, versión y notas por D. Ruiz Bueno, Madrid, 1967, concretamente los capítulos 1, 9 ; 3,16 ; 3,17 ; y 4,10.
- 28 Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, texto, versión española y notas de A. Velasco Delgado, Madrid, 1973.
- 29 Cf. Celso Bañeza Román, *Las fuentes bíblicas, patristicas y judaicas del libro de Alexandre*, Las Palmas, 1994, p.21.
- 30 Cf. Séverine Auffret, “Melanipa la filósofa”, en Eulalia Pérez Sedeño (coord.): *Conceptualización de lo femenino en la filosofía antigua*, Madrid, 1994, pp. 107-111.